

Las notas del Dr. Quintana

Diego Barrios

Diego Barrios es un autor y realizador audiovisual argentino, nacido en Carmen de Areco, provincia de Buenos Aires. En 2007 publicó *Secuelas*, su primera obra literaria de poesía. Luego *Siete días, siete secretos* (2010), también poemario en el que ya aparecían breves cuentos. En mayo de 2016 escribió y dirigió *El misterio del Carmelito*, largometraje de docuficción que mezcla CGI con efectos físicos para dar vida al ser mitológico en diversas escenas. Esta realización impulsó una nueva película: *Kein* (2018), presentada poco después en el marco del Festival Alienígena de Capilla del Monte, Córdoba, y otras localidades. *Inimaginables* (2025) es su libro más reciente, donde a través de cuentos y microrrelatos convergen el estudio y la práctica de diferentes disciplinas.

No era doctor, no se había doctorado en algo, ni era médico. El Dr. Quintana era licenciado en Letras y vivió gran parte de su vida en un pueblo pequeño a las afueras de La Romana, casi un mero asentamiento azucarero. No se sabe dónde nació, si tenía familia, hijos, cónyuge. Quintana era un ávido escritor, y se ganaba la vida como traductor de obras literarias. Hablaba varios idiomas, pero su lengua natal era el español dominicano. Según cuentan algunos agrarios que lo conocieron, era alto y trigueño, usaba un bigote fino que apenas se distinguía, de pómulos saltones y cabello negro con algunas canas que tibiamente asomaban. Era un hombre observador y de muy pocas palabras, paradójicamente. Casi no salía, dicen. No poseía vehículo, por lo que se lo veía rara vez esperar el colectivo (la guagua), que pasaba por allí tan sólo una vez al día, para ir al pueblo donde se abastecía. Su casa (heredada o adquirida, un misterio), se situaba a poco más de un kilómetro de la carretera que terminaba en La Romana. Hacía años que vivía sin luz eléctrica, sacando agua de un viejo aljibe y, todos coinciden, en su claustro.

A finales de los años ochenta, un importante trabajo lo incitó a movilizarse. Junto a la correspondencia, con la que eventualmente recibía las obras en inglés británico o alemán, llegó una propuesta: realizar la traducción de un antiquísimo documento templario. No se adjuntaron demasiados detalles, pero sí la cifra de sus honorarios, en caso de aceptar, y el carácter de reserva que conllevaba el encargo. Era el tipo ideal. La traducción debía llevarse a cabo en Georgetown, Guyana. Un barco traería el manuscrito y era menester que estuviera allí cuanto antes para reunirse con el firmante de la carta, un alto cargo de la Orden Jesuita llamado Louis Belarmino. El doctor empacó y, desde el puerto de La Romana, zarpó en un barco que lo aproximaría. Se trataba de un largo viaje. Aquel navío lo llevaría hasta Santa Lucía, desde donde debía volver a embarcarse con destino a Georgetown. Nada más se supo del Dr. Quintana por aquel entonces. Para los azucareros haitianos que lo conocían, un día se fue y no regresó. Para el repartidor del servicio postal, el doctor se marchó persiguiendo su destino. Pero lo curioso del caso del doctor, más allá del extraño encargo que le llegó por correspondencia, fue su hallazgo.

En 1991, tres exploradores y documentalistas argentinos dieron con un diario de notas. Lo encontraron en estado de desgaste en una pequeña isla cerca de Barbados, que al día de hoy no tiene nombre y cuya nacionalidad permanece en disputa, pero su reclamación no sale del letargo diplomático. El diario decía pertenecer al Dr. Quintana y, lo que he podido confirmar, era de su puño y letra.

Si bien el extenso manuscrito dilucidó la incógnita de su desaparición, despertó nuevos e indescifrables enigmas. El doctor narra haber terminado en la isla luego de que el barco La Catalina, en el cual viajaba, hubiera sido azotado por un fuerte huracán. Se trataba de un barco mercante que transportaba principalmente cacao. Quintana consiguió abordarlo a cambio de trabajo, dado que era la única embarcación que cruzaba hasta Santa Lucía, en esos tiempos.

El ciclón condujo a la embarcación, o "lo que quedó de ella", según sus propias palabras, a una inhóspita isla. Quintana y el capitán Jesús Rodríguez fueron los únicos en sobrevivir y, este último en estado de inconsciencia. Era de noche y la feroz lluvia no cesaba. El doctor arrastró a Rodríguez hasta un resguardo rocoso. A las pocas horas, el capitán recuperó el sentido y la tormenta se disipó. Al día siguiente, con los primeros vestigios del alba, los hombres tomaron los restos del navío y construyeron un refugio cerca de la costa. Explorando la isla, notaron que su superficie era mucho más pequeña de lo que estimaban. Si bien abundaba la vegetación, cocoteras y algunos arbustos, las rocas le aportaban un notorio contraste. Se trataba de un paraíso, un encanto del que ahora eran cautivos.

La primera noche en la isla fue muy cálida, con una suave brisa que provenía del noreste. El sol, que ya se había ido, y las estrellas les indicaron los puntos cardinales, pero ninguna pista tenían de su ubicación geográfica exacta. Rodríguez, más conocedor de aquellas rutas marítimas, estimó que estarían en algún lugar próximo a Guadalupe o Dominica, pero ninguna certeza tenía.

Llegó otra vez la noche y sólo habían bebido agua de coco. Iban a necesitar comer algo y la pesca fue la primera opción. El capitán todavía llevaba consigo una botella de ron con la que se embriagaron. Debían dormir, y cuando se levantaran buscarían la manera de pescar. Eso nunca ocurrió.

A la mañana siguiente el Dr. Quintana estaba solo. No había rastros del capitán Rodríguez por ninguna parte. El doctor recorrió la isla entera en su búsqueda, revisó lo que quedaba del barco, los bajos acantilados, lo buscó entre el follaje, pero no lo halló. Nada le disgustó más que la incertidumbre sobre su paradero en ese momento. Aquella noche, todavía sin ingerir alimento más que el agua de coco, recurrió a su libro de notas que ya estaba seco, una especie de diario personal en el que comenzó a escribir a lápiz.

Las notas encontradas por los exploradores estaban numeradas por días, dado que el doctor escribía casi a diario. A partir del día treinta y nueve comenzó a redactarse lo inquietante del caso del Dr. Quintana, y lo que le tocó vivir en aquella isla olvidada.

DÍA 39

Esta mañana, el mar volvió a dejar sobre la playa algunas bolsas con granos de cacao. Ese fue mi desayuno. El Caribe cristalino que me envuelve, me puede seguir sorprendiendo con sus bondades y tiranías. Para las fuerzas naturales que rigen el orden, no somos más que actores que dirigen a voluntad. No es que hablara con las palmeras, pero durante la tarde me dijeron algo sumamente sabio que nunca había tenido tan en cuenta: todo es hoy.

DÍA 40

Aparte de algunas iguanas, no parece haber otras especies. Las trampas que coloqué están intactas. Hoy logré pescar algo nuevamente, rompiendo el conjuro. En el horizonte, como siempre, sólo el turquesa volviéndose azul. He rodeado la isla y no he visto rastros de vida humana. Ni en la isla ni en el mar. Comienzo a creer que nadie jamás va a encontrarme. Hoy pensé largamente en el capitán Rodríguez ¿Qué suerte habrá corrido? Su cartera está todavía intacta con sus dos puros que quizá fume cuando mi cordura desaparezca.

DÍA 41

Hace exactamente treinta días que debí encontrarme con Belarmino. Me intriga de sobremanera el contenido del texto que se me encomendó traducir. Nunca he sido un hombre de fé, ni siquiera en estos momentos, sin embargo la soledad y la incertidumbre me incitan a la introspección. ¿Debía pasar esto? Me lo podría contestar tal como pudiera hacerlo aquella desraizada palmera. Las blancas arenas, esta noche, refulgen sin reparo a la luz de la luna llena. ¿Quién soy yo para pretender su medida? Mañana temprano voy a retomar la construcción de la balsa. Todavía no he podido conseguir la resina adecuada para impermeabilizarla. También dudo de su estabilidad, pero una vez terminada, el norte será un buen rumbo. Según Rodríguez, hacia aquellos lados me encontraría con las islas Martinica o Guadalupe, ambas habitadas.

DÍA 42

Un cuervo me despertó hoy. Hasta ahora no había visto ninguno. Sus rojos ojos estaban a centímetros de los míos. No supe si imploraba mi amistad o me advertía sobre algo. Tomé mi primera comida cerca del mediodía. Si bien pasé algunas horas buscando algún alimento, sin tener que recurrir a la pesca, dos cocos fueron mi única alternativa. Por la tarde fabriqué una nueva caña para pescar y un arpón. La medianoche, cálida y serena, me recuerda al fondo de mi casa. Me pregunto qué estará haciendo sin mí.

DÍA 43

No sé por dónde comenzar. Esto me ha dado vueltas por la cabeza durante todo el día y me mantiene intranquilo... vagamente esperanzado. El largo presidio puede llegar a jugar con nuestras mentes, pero ¿hasta qué punto? Me resulta crucial detallar esto, porque quizá lo que escribo sea el único testimonio de lo que vi hoy. Al levantarme, preparé el equipo de pesca y me dirigí al acantilado, allí el agua es más cristalina y la profundidad alberga más peces. La humedad en el aire hacía ver brumosa la lejanía. Era temprano, el sol apenas comenzaba a templar el ambiente desde lo bajo. Luego de una hora, quizá menos, sin suerte afirmé la caña y me senté fijando la vista en el horizonte, hacia el noroeste. Pensaba, en realidad, no sé en qué. Luego de unos segundos, justo en el límite que separa el agua del cielo, empezó a hacerse visible una delgada línea de otro color, un verde pálido. No recorría todo el horizonte, cubría una extensión determinada, o indeterminada por mí, pero finita, unos kilómetros quizá. Pensé que, de manera lógica, eso siempre habría estado ahí y nunca lo había visto. Tal vez hoy fue un día por demás de claro al disiparse la bruma. No lo sé. Tanto me fijé en ello que mis ojos ya comenzaron a desenfocar. Tras unos minutos me incorporé, dejé de mirar por unos segundos y observé de nuevo. ¿Era una costa?

DÍA 44

Casi no dormí. Me desperté, aún de noche, y caminé costeanado la playa hasta las rocas. La oscuridad todavía no dejaba ver nada más allá de unos pocos metros de mar. El cielo estaba parcialmente cubierto. Pensé que sería buena idea trepar y poder mirar desde más alto y así lo hice. Según la posición de Orión, no faltaba mucho para el amanecer y esperé. Me quedé dormido. Al despertar, el sol ya se asomaba y busqué rápidamente con mi vista aquello que había visto ayer. Para mitigar mi incredulidad, ahí estaba. Pero ahora era levemente más distinguible. No sólo había verdes pálidos, sino también blancos y otros tonos tan débiles que no podía descifrar. No daba crédito, no doy crédito. Bajé de las rocas para verlo desde la playa y hasta me dio la impresión de verse sutilmente más cerca que ayer. No supe si realmente se trataba de una costa, un espejismo o una flota. Llegué a pensar, tras esforzar al límite mi vista, que el auxilio se aproximaba en un imponente operativo de rescate. Pasaron las horas. El sol ya gobernaba el cenit y la flota fantasma nunca llegaba. Por momentos, incluso, parecía alejarse. ¿Era tierra firme lo que veía? Estuve tirado en la arena durante horas, no sé cuántas. Aguanté el hambre, esa visión me tenía de rehén. ¿Sería un delirio? La noche tapó esa locura y el mar embraveció. Me pregunto si mañana volveré a ver aquello en la lejanía.

DÍA 45

La costa sigue ahí y, al parecer, más cerca. Hoy la claridad del día me dejó verla con nitidez. Ya casi puedo asegurar que se trata de una costa... Otra isla quizá. Hasta donde sé, las islas no se mueven, pero esta sí. Me devané los sesos pensando. Comí sólo una vez hoy, no tuve hambre. No hay lógica detrás de este suceso, ni detrás ni por delante. Daría cualquier cosa por unos binoculares o un catalejo para escudriñar en detalle lo que hay al otro lado de ese mar. No sé qué está pasando. ¿Le faltará a mi cerebro algún nutriente debido a mi dieta a base de coco y pescado? Durante la tarde avancé fuertemente en la construcción de la balsa, en parte para distraerme, pero no hice más que pensar. Si aquella extraña costa es real, va a ser, sin dudas, mi rumbo. Voy a procurar dormir bien, descansar las horas necesarias para poder identificar un espejismo de la realidad. Dejaré que mi fogata se extinga sola mientras concilio el sueño.

DÍA 46

El abrumador calor del sol me despertó hoy. Ya es mecánico despertarme y mirar la costa. Lo increíble de esta extrañeza es que ya no hace falta caminar hasta la caverna para divisarla. Ahora es visible desde mi base. No caben dudas que se trata de una costa y, lo que no deja de desconcertarme, que se encuentra cada vez más cerca. Lo inexplicable de este hecho no opaca mi esperanza. Me anima la cercanía. Según he calculado, esta isla estaría, hoy, a no más de cuatro o cinco kilómetros. La silueta evidencia vegetación con altos montículos, rocosos tal vez, y una fina playa de arena tan blanca como la que piso ahora. Me alimenté en intervalos por no dejar de trabajar en mi balsa. Conseguí la flotabilidad y los amarres seguros que necesitaba. Ahora sólo me queda trabajar los remos. Mañana temprano será imprescindible afilar el machete para poder seguir moldeando los troncos y conseguir más madera. El solitario cuervo observa día a día mi progreso desde algún punto elevado. Aquella noche se me concedió una imagen reveladora. Al observar la extraña isla (donde juzgaba que se encontraba, puesto que la oscuridad la invisibilizaba), noté un tenue resplandor, una casi imperceptible claridad que emanaba del terruño proyectándose en el cielo. Esto, probablemente, indicaba la presencia de luz eléctrica.

DÍA 47

Una tormenta me despertó durante la madrugada y no pude volver a dormir. Permanecer seco en mi refugio es una tarea muy difícil. La lluvia, durante la mañana, me hizo imposible avanzar en la balsa, pero al menos pude afilar el machete con una roca. A pesar de los impedimentos, recoger agua de lluvia fue crucial, dado que mis reservas escaseaban. Cerca del mediodía, la tormenta pasó yéndose al sur y retomé el trabajo. No pude pensar en otra cosa más que en abandonar la isla. La costa fantasma se dejó ver nuevamente con claridad luego de disiparse la lluvia, descubriendo que estaba más cerca. Ya nada me asombra. No dejo de ser asediado por la incertidumbre, rebalzo de dudas, pero si es mi locura quien acerca día a día esa nueva isla en frente, prefiero aventurarme a su alcance que morir aquí, sin saber de qué se trata, esperando un rescate que no va a llegar. Si las condiciones climáticas me lo permiten, mañana mismo podré zarpar. Tras terminar mi balsa, reuní esta tarde algunos alimentos, agua y todo lo que consideré necesario para emprender la travesía. A juzgar por la distancia, en dos o tres horas llegaría a la costa, dependiendo de la marea y mis fuerzas para remar.

DÍA 48

Los pelícanos se aventaban rapaces hacia el mar. Las tormentas del Caribe les presentan abundancia. Me desperté muy temprano, el sol no se había asomado todavía. Aunque, en realidad, a duras penas pude dormir. La ansiedad me mantuvo casi en vigilia, pensando. Comencé a reunir mis pertenencias: el machete, alimentos (algunos peces cocidos, cocos y agua), mis pocas vestimentas, los cigarros y, desde luego, este diario. Supuse que al llegar a la otra isla sería muy posible que tuviera que caminar hasta encontrar la civilización, quizá debiera caminar bastante. Anticipándome, confeccioné otro calzado, aparte de los gastados y averiados zapatos que tenía. Utilicé corteza de palma seca, la resina que extraje para la balsa y hojas impermeabilizadas. También hice un sombrero, una obra que honestamente no me enorgullece demasiado, pero que sería útil.

Pensé que zarpar al alba sería lo ideal, con un sol tibio que alumbrara sin agobios. Acerqué la balsa a la costa, hasta que el suave oleaje apenas la tocara, y me senté en ella a contemplar mi refugio. Me vino a la mente el capitán Rodríguez, seguía imaginando la suerte que habría corrido. Desde su desaparición me convencí de su muerte accidental, creí que, tal vez, habría caído desde las rocas en el acantilado, perdiéndose con el mar. Confieso que sentí apego al refugio. Un raro sentimiento de destierro ante el inminente exilio.

Y el sol brotó desde el horizonte. La isla se veía aún más cerca, como era de esperarse, dado que la lógica era, ya, un universo distante desde hacía tiempo. El cuervo, intrigado, se aproximó al refugio y, tras picotear mis despojos, se quedó mirándome. "Adiós, amigo" le dije, y, en lo profundo de su silencio, denotó una despedida. Se me ocurrió que, posiblemente, antes de nuestra llegada nunca había visto un humano. Se iba ahora ese ser que le hablaba en un lenguaje incomprensible, que compartía su cena y le dejaba oír sus lamentos.

Cargué mis bártulos, empujé la balsa hacia el mar y abordé.

Comencé a remar, un deporte que nunca había practicado. Si bien el mar estaba calmo, el peso de la balsa no lo hacía tan fácil. Era una mañana fabulosa, de esas en las que solía ir al patio de mi casa a escribir bajo el árbol, mirando de tanto en tanto los brotes en mi huerto. Mi mala alimentación me había hecho perder mucho peso, por lo que había estado ejercitándome, sabiendo que sería decisivo para este momento. Remé durante unos veinte minutos sin mirar atrás. Mi destino ya era levemente más distinguible que desde la costa, sus prometedores verdes y su arena blanca tenían textura y creaban una notoria ruptura con el cian lejano.

Tras un largo rato, no sé cuánto, me detuve a descansar. Me sentía un tanto agotado. Bebí un poco de agua de coco y giré la cabeza para ver mi isla (la sentía más mía tras abandonarla). Y allí estaba, apacible y desierta. Ese viejo lugar, empotrado en las aguas del mar, había recuperado su equilibrio. ¡Cuán disruptivo puede ser nuestro paso! Me recosté sobre los maderos para relajar mi cuerpo y recobrar el aliento. Iba con calma. Estimé que no me llevaría más de dos horas llegar. Sin dejar que mis músculos se enfriaran, continué. Lo di todo, remé a ritmo constante pero sin detenerme. Para mi sorpresa, la costa no parecía acercarse, es como si se mantuviera a la misma distancia. Sin embargo, a mis espaldas, la isla que dejaba atrás sí se alejaba. No me permití el desespero. Si iba a creer en la magia, debía esperar cualquiera de sus milagros. Es curioso cómo las obviedades se esfuman cuando uno se enfrenta a la supervivencia. Ahora sí, remé más rápido, quería acercarme, lo necesitaba para estimular mi moral. Pero cuanto más avanzaba, tanto más parecía alejarse mi vieja isla, menos parecía acercarme a la enigmática costa. ¿Sería un alucinación? Me volvió la impía desconfianza. Tuve que parar a descansar nuevamente, estaba exhausto. Comí un poco, mientras el oleaje de altamar me mecía con sus vaivenes. Ese arrullo empezó a entumecerme los ojos, pero me resistí. Estaba empeinado en no perder de vista mi norte. El sol flotaba ya más en lo alto y fue allí que, viendo el agua, descubrí un cúmulo de sargazo rodeando la balsa. ¡Gran indicio! Esa reunión de algas sólo se explicaba por la cercanía de una costa. Sin hacerle caso a mis ojos, seguí. Avancé aún más. Ya habrían pasado casi tres horas desde mi partida. Y fue entonces cuando develé el misterio de esta particularidad: debía avanzar sin dejar de mirar la costa. Cada vez que me distraía, aquella isla parecía alejarse. Sin embargo, cuando remaba viéndola fijamente era notorio su acercamiento progresivo. Ya no podía ni confiar en mis sentidos, pero me entregué al juego y remé sin perder de vista las arenas que comenzaron, poco a poco, a verse más próximas. Ya distinguía palmeras y arbustos, rocas excitando las aguas y aves sobrevolándolas. Mi boca seca y manos sudadas me pedían descanso, pero se lo negué. Me ardían los ojos, comencé a pensar que los largos parpadeos podrían ser fatídicos. Una brisa me voló el sombrero y tuve que fruncir el ceño con firmeza para lidiar con el sol, pero sin dejar de remar ni un sólo segundo, mirando con hipnótica fijeza la isla a la que ya me acercaba.

Estaba a metros, como a dos cuerdas dominicanas. Veía sus palmeras, sus rocas que al este se elevaban. El agua del mar que al llegar a sus arenas creaba tonos irreproducibles. No podía creerlo, la estaba alcanzando. Me dolía mucho el cuerpo, por la posición y el esfuerzo, pero lo soporté.

Al fin, después de tanto, la balsa encalló. Me bajé gateando y me desparramé en la arena con mis ojos cerrados. Al abrirlos, en lo alto del cielo despejado vi pasar una bandada de pájaros migrantes. Había llegado.

Cargué mis bártulos, empujé la balsa hacia el mar y abordé.

Comencé a remar, un deporte que nunca había practicado. Si bien el mar estaba calmo, el peso de la balsa no lo hacía tan fácil. Era una mañana fabulosa, de esas en las que solía ir al patio de mi casa a escribir bajo el árbol, mirando de tanto en tanto los brotes en mi huerto. Mi mala alimentación me había hecho perder mucho peso, por lo que había estado ejercitándome, sabiendo que sería decisivo para este momento. Remé durante unos veinte minutos sin mirar atrás. Mi destino ya era levemente más distinguible que desde la costa, sus prometedores verdes y su arena blanca tenían textura y creaban una notoria ruptura con el cian lejano.

Tras un largo rato, no sé cuánto, me detuve a descansar. Me sentía un tanto agotado. Bebí un poco de agua de coco y giré la cabeza para ver mi isla (la sentía más mía tras abandonarla). Y allí estaba, apacible y desierta. Ese viejo lugar, empotrado en las aguas del mar, había recuperado su equilibrio. ¡Cuán disruptivo puede ser nuestro paso! Me recosté sobre los maderos para relajar mi cuerpo y recobrar el aliento. Iba con calma. Estimé que no me llevaría más de dos horas llegar. Sin dejar que mis músculos se enfriaran, continué. Lo di todo, remé a ritmo constante pero sin detenerme. Para mi sorpresa, la costa no parecía acercarse, es como si se mantuviera a la misma distancia. Sin embargo, a mis espaldas, la isla que dejaba atrás sí se alejaba. No me permití el desespero. Si iba a creer en la magia, debía esperar cualquiera de sus milagros. Es curioso cómo las obviedades se esfuman cuando uno se enfrenta a la supervivencia. Ahora sí, remé más rápido, quería acercarme, lo necesitaba para estimular mi moral. Pero cuanto más avanzaba, tanto más parecía alejarse mi vieja isla, menos parecía acercarme a la enigmática costa. ¿Sería un alucinación? Me volvió la impía desconfianza. Tuve que parar a descansar nuevamente, estaba exhausto. Comí un poco, mientras el oleaje de altamar me mecía con sus vaivenes. Ese arrullo empezó a entumecerme los ojos, pero me resistí. Estaba empeñado en no perder de vista mi norte. El sol flotaba ya más en lo alto y fue allí que, viendo el agua, descubrí un cúmulo de sargazo rodeando la balsa. ¡Gran indicio! Esa reunión de algas sólo se explicaba por la cercanía de una costa. Sin hacerle caso a mis ojos, seguí. Avancé aún más. Ya habrían pasado casi tres horas desde mi partida. Y fue entonces cuando develé el misterio de esta particularidad: debía avanzar sin dejar de mirar la costa. Cada vez que me distraía, aquella isla parecía alejarse. Sin embargo, cuando remaba viéndola fijamente era notorio su acercamiento progresivo. Ya no podía ni confiar en mis sentidos, pero me entregué al juego y remé sin perder de vista las arenas que comenzaron, poco a poco, a verse más próximas. Ya distinguía palmeras y arbustos, rocas excitando las aguas y aves sobrevolándolas. Mi boca seca y manos sudadas me pedían descanso, pero se lo negué. Me ardían los ojos, comencé a pensar que los largos parpadeos podrían ser fatídicos. Una brisa me voló el sombrero y tuve que fruncir el ceño con firmeza para lidiar con el sol, pero sin dejar de remar ni un sólo segundo, mirando con hipnótica fijeza la isla a la que ya me acercaba.

Estaba a metros, como a dos cuerdas dominicanas. Veía sus palmeras, sus rocas que al este se elevaban. El agua del mar que al llegar a sus arenas creaba tonos irreproducibles. No podía creerlo, la estaba alcanzando. Me dolía mucho el cuerpo, por la posición y el esfuerzo, pero lo soporté.

Al fin, después de tanto, la balsa encalló. Me bajé gateando y me desparramé en la arena con mis ojos cerrados. Al abrirlos, en lo alto del cielo despejado vi pasar una bandada de pájaros migrantes. Había llegado.

Me incorporé como pude tras recuperar levemente la respiración. Miré hacia el sur, hacia mi isla y no pude verla. Me apresuré a bajar mis cosas, alejé la balsa del agua y me encomendé a la caminata. Fue llamativo el sentimiento de familiaridad. Al parecer, se trataba de una isla pequeña también. Atravesé la playa, me entreveré en el follaje y las palmeras. Caminé siempre hacia el norte, en línea recta para no ser errante. Cargaba el machete atado a la cintura y la ropa y provisiones en una hoja de palma. Al cabo de unos minutos me topé con una palmera cortada casi al ras, fuerte indicio de trabajo humano. Esto me esperanzó, y continué. Caminé un buen rato más y fue cuando lo peor ocurrió. Llegué a un claro, tras el cual se hallaba la costa opuesta con su playa. Hacia la derecha, siguiendo la arena: las rocas formando un bajo acantilado. Hacia la izquierda, a pocos metros: unas torcidas palmeras, bajo las cuales se encontraba mi refugio. El cuervo, suspicaz, inclinaba su cabeza para mirarme. Estaba en la misma isla.

¿Cómo explicarlo? Me encontraba atrapado en un bucle terrorífico. Ya no sabía si acaso había navegado, si lo que vivía era real. Corrí en busca de la balsa y allí estaba, en la costa sur. Volví al refugio y hacia el norte se veía, apenas, la otra isla, la que había aparecido, ya no sé cuál. Con binoculares ¿vería mi propia balsa allí en las arenas? Nada tenía sentido y, tristemente, es algo que debí sospechar.

Escribo esto por la noche. Estoy fumándome uno de los habanos de Rodríguez, poseído por un sentimiento de resignación absoluto. Mañana temprano volveré a zarpar. Verdad o muerte, he resuelto. Romper esta ilusión oscura o que me devore el mar, son mis opciones. Me hallo en una cárcel paradisíaca en la que, al parecer, la soledad hace estragos.

Y hasta aquí llega el diario.

El 14 de enero de 1991, los tres exploradores llegaron a la isla por mera casualidad. Habían zarpado desde Trinidad y Tobago y buscaban un atajo para desembarcar en Montserrat, donde estudiarían la actividad volcánica. Al ver la rica vegetación de esta apacible isla, desde su navío, decidieron encallar y pasar la noche en tierra firme. Sin embargo, lo que encontraron fue una historia sin precedentes. En la costa norte, bajo unas encorvadas palmeras, descubrieron un refugio de maderos avejentados, palmas, troncos y otros objetos. Al acercarse, desde su interior brotó un hombre de larga barba, cabello enmarañado, con el torso desnudo y harapos cubriendo sus piernas. El ermitaño tardó en reaccionar y todos conservaron una prudente distancia. Aurelio Conte, el líder de la expedición, le habló, le preguntó su nombre. "Jesús Rodríguez" dijo el hombre e irrumpió en llanto.

En el refugio, atesorados, constaban los objetos de quien, según Rodríguez, había sido el otro sobreviviente del naufragio que lo puso allí. Entre estas pertenencias, Conte halló el diario. El capitán aseguró que Quintana lo ayudó a construir ese precario refugio, pero al segundo día en la isla el doctor había desaparecido dejándolo en la más profunda de las soledades. Lo que más le extrañó a los expedicionistas, sobre el relato de Rodríguez, fue su insistencia para aseverar que durante más de un mes vio una isla acercándose enfrente, en pleno mar abierto. El capitán suponía que, tal vez, el doctor habría nadado hacia ella en busca de ayuda y, con el correr del tiempo, ya sin volver a verla, no sabía si se habría tratado de su inquieta imaginación. Alcanzar esa espectral isla nunca estuvo en sus planes, pero tampoco dejó de buscar a Quintana, jamás. Hay muchas maneras de practicar la tenacidad.

Aun conociendo la historia, por ser noticia, la lectura del diario es algo que Rodríguez se privó hasta su muerte.